

LA FORMACIÓN PARA LA VIDA CONSAGRADA VISION PANORAMICA

“Revestíos del Hombre Nuevo, creado a imagen de Dios en justicia y en santidad verdadera” (Ef 4,24).

La formación es prioridad de prioridades en un proceso de fe y, sobre todo, en una vida religiosa. La calidad de vida de un Instituto depende de la formación de sus miembros. Por eso, desde hace casi 25 años, la Iglesia y los Institutos están poniendo gran empeño en la formación de sus miembros no ahorrando ni medios ni posibilidades. Ahora bien, es necesario saber en qué consiste la formación para la vida religiosa, y en la vida religiosa, para no caer en la tentación de buscar aquello que puede contribuir a una preparación técnico-profesional, pero que nada tiene que ver con la formación auténtica para este estilo de vida.

Casi todos los documentos de la Iglesia dan la misma definición de formación: *“la formación permanente en la vida religiosa tiende a la configuración con Jesucristo Redentor. Exige y es, al mismo tiempo, un proceso continuo de renovación que abarca todas las dimensiones de la persona a lo largo de su vida. Abarca también todas las dimensiones de la comunidad y de la misión y comporta un compromiso personal y comunitario”*.

Está claro, entonces, que si la formación acompaña nuestro proceso de fe hasta que Cristo se haya formado en nosotros, y nuestro proceso de consagración para vivir pendientes de la voluntad del Padre, haciendo bien a la humanidad, todo lo que no entra dentro de esta definición, podrá ayudarnos a conseguir motivaciones particulares o deseos inconfesados de realización, pero ello no tendrá nada que ver con un *progresivo itinerario de fe que nos conducirá a una configuración con el Cristo de la pascua, en su entrega al Padre y a la humanidad necesitada*.

Si la formación es un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo, está claro que no existe más que un tipo de formación, LA FORMACION PERMANENTE, que coge todo el arco de la vida; sobre todo, desde nuestro bautismo hasta la muerte. La formación inicial no es más que una etapa de esta formación permanente, en la que se enfatiza, de una manera particular, este progresivo itinerario. Por eso, tenemos que decir que no existe verdadera formación inicial para la vida religiosa, sin una formación permanente de todos sus miembros, que garantiza así, la de los miembros más jóvenes. La formación, pues, es algo que está presente en cada segundo de nuestra jornada, en cada momento de la misma, en la cotidianidad de la existencia.

Si la progresiva asimilación de los sentimientos del Señor la dejáramos para momentos puntuales de la jornada o del tiempo, habríamos fallado en uno de los requisitos fundamentales de nuestra vida y vocación. Por tanto, hay que terminar con algunos tópicos que corren a lo largo y ancho del camino formativo, estando muy habitualmente en nuestras conversaciones:

- que la formación permanente nos enseña cosas que no sabemos para saber más de Jesús, del Reino y de la vida misma. La formación no va dirigida a la intelectualidad ni a su realización. No es verdad que está mejor formada la persona que más sabe. Se puede saber mucho, incluso de Dios, y no estar formada para la vida religiosa o simplemente para la realidad. Ya decían los grandes pedagogos que el test de la verdadera formación pasa por la capacidad de la persona de adaptarse a la realidad concreta en la que le toca vivir, y de transformarla desde ahí
- que sólo es formación permanente cursos y cursillos que realizamos, o aquello que cada uno se busca, porque la auténtica formación se da en la cotidianidad y en el seno de la comunidad local
- que la auténtica formación es lo que cada uno se propone en un proyecto de formación individual, porque es lo único que nos afecta y nos cambia. Esto no puede ser verdad como principio, porque la fe se plenifica en la comunidad.

Estos tres tópicos funcionan mucho por las comunidades religiosas; en este sentido, es importante aclarar conceptos. Es importante que cada Instituto defina bien qué entiende por formación; y que todos sus miembros la acojan en un proceso de fe y de vocación.

Lo que proponemos a continuación, por tanto, vale igualmente para la formación inicial que, como acabo de decir, no es más que una etapa dentro de la formación permanente, como para la misma formación permanente, que tiene carácter de totalidad en el tiempo, en la vivencia y en la experiencia que provoca.

1.- Objetivo de la formación. El objetivo y los fines, en una experiencia, son muy importantes. Si tenemos claros los objetivos y fines, y todas nuestras motivaciones caminan en dirección de los mismos, habremos acertado en nuestra vida.

Podríamos definir el objetivo de la formación con el Documento Vita Consecrata como:

“Un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo con respecto al Padre y con respecto a la humanidad” (VC 65).

Desgranando el objetivo:

- *es un itinerario*: Por tanto, es un camino que se hace. Es un camino en el que todos tenemos que entrar para recorrerlo, sin el cual, la formación no será tal. El itinerario da a la formación sentido de proceso y de dinamicidad. También de personalización, porque nadie puede hacer el camino por otro. Si tengo que ir de Roma a Santiago, o me pongo en camino, o nunca llegaré. Pasa lo mismo en la vida espiritual, o me pongo en camino para esa progresiva asimilación, o nunca llegaré a tener los sentimientos de Cristo. La Iglesia remarca constantemente la importancia de entrar en el camino, de hacer camino, de hacer camino con Jesús, de hacer camino desde el proyecto histórico que revela historia de cada Instituto y la avala.

- *de progresiva asimilación*: Por tanto, de asimilación de los sentimientos de Cristo en el tiempo de toda una vida. La asimilación de los sentimientos no se da de una vez para siempre: cuando somos bautizados o hacemos la profesión religiosa. Por otra parte, asimilación quiere decir que, entrando en un proceso de integración-personalización de estos sentimientos, llegamos a hacerlos nuestros. La interiorización de los sentimientos, actitudes y valores sigue todo un itinerario que empieza en la valoración que desde fuera hacemos de los mismos, por clarificar el concepto en nuestra mente, por dejarnos afectar por ellos desde el corazón y por ponerlos en práctica en nuestra propia existencia. Andando cotidianamente con Jesús, por los caminos de Galilea a Jerusalén, los discípulos fueron calando en los sentimientos del Hijo, y los calaron del todo cuando, una vez muerto Jesús, fueron llenos del Espíritu Santo, que los condujo hacia la plena configuración con el Cristo de la pascua. Este *itinerario de progresiva asimilación* da una gran anchura a nuestra esperanza y a nuestro deseo. Dios nos espera siempre en los márgenes de nuestros caminos errados para reconducir nuestro itinerario y ¡siempre es tiempo de comenzar de nuevo!; siempre es el tiempo del amor. Esta perspectiva acaba con la angustia que nos creaba cierto tipo de formación en la que se nos inculcaba que teníamos que ser definitivamente santos después de una profesión, o de unos ejercicios espirituales o de un retiro

- *de los sentimientos de Cristo*: Porque los sentimientos son la parte más humana del yo, lo más nuclear de una vida humana. Lo fueron en Jesús y lo son en nuestra vida. Por tanto, no se trata de imitar a Jesús con un mimetismo exacto, que, por otra parte, es imposible, se trata de ir asimilando en nuestra vida estos sentimientos para vivirlos desde nosotros mismos. Se trata de que nos dejemos afectar por la misericordia, la bondad, la ternura, la mansedumbre, la caridad, la alegría de Jesús y vayamos calando en la hondura de estos sentimientos suyos para, con su gracia y nuestra colaboración, *-Dios que te creó sin ti no te salvará sin ti, decía San Agustín-* tratar de ser, en las distintas situaciones de la vida, como Él: *misericordia, ternura, mansedumbre, bondad, alegría, caridad*. Y lo haremos cada uno desde nuestra personalidad única e irrepetible, que Dios nos ha regalado, para vivir la relación filial y fraterna como la vivió el Hijo. Es muy incompleta, según esto, una formación dirigida a los saberes y que no toca los sentimientos y todo el universo de los mismos: *actitudes, comportamientos, deseos internos y externos, motivaciones, disposiciones internas y externas, opciones de fondo, etc.*

- *con respecto al Padre*: porque de Dios venimos, en Él existimos y hacia el caminamos. Todo el deseo de la vida de Jesús fue amar al Padre, vivir del amor del Padre, realizar la voluntad del Padre, personificar el proyecto del Padre. El Padre es la referencia última de toda existencia creyente, de manera que nuestra formación nos debería llevar a esa relación y religación profunda que Jesús vivió con el Padre, siendo esto lo más importante de nuestra vida. Vivir abandonados en unos brazos con una total adhesión de confianza en Aquel que nos espera al final del camino

- *con respecto a la humanidad*: Porque Jesús sabía que había sido enviado por el Padre a la humanidad para restablecer con ella esa religación-vinculación de amor que la humanidad había perdido por el pecado. Por tanto, nuestros sentimientos de religación-vinculación al Padre deberían estimular a otros a vivir la misma experiencia, pudiendo cantar en un himno cósmico, desde una humanidad reconciliada y en camino de globalización de la fraternidad: *Abba, Padre*, hasta que Dios sea todo en todas las cosas.

Si este es el objetivo, otros objetivos que persiguieran cosas distintas, no serían objetivos para la formación en la vida religiosa y para la vida religiosa. Y esto no solamente lo tienen que saber los consagrados más jóvenes, sino también los que ya llevan tiempo en la vida religiosa, habiendo perdido, quizás, el sentido de la esencialidad de la misma, llenando de oropeles los vacíos y queriendo acomodar los imperativos de la cultura moderna a nuestro estilo de vida evangélica para hacerla más actual. Ciertamente que no podemos perder el tren de los tiempos nuevos, pero no para adaptarlo todo a nuestro estilo de vida, buscando así la acomodación y el aburguesamiento, sino para buscar los caminos que más y mejor encarnarán los sentimientos de Jesús y la redención de Jesús en este tiempo de la Iglesia.

2.- El fin de la formación. Viene marcado por el objetivo: *la plena configuración con Cristo, pues: "Toda la formación en la Congregación conduce a la identificación con Cristo Redentor, en procesos de fe y de vocación"* Este es el fin de toda vida cristiana, y lo es, para la vida consagrada en general, camino especial de vida cristiana. La máxima aspiración del ser humano tiene que ser la que San Pablo nos marca en su carta a los Gálatas: *"Vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí"* (Gál 2,20). Si la vocación de todo ser humano, no sólo del cristiano, es llegar a ser hijo en el Hijo ¡cuánto más lo será para nosotros que hemos sido llamados por vocación al seguimiento de Jesucristo, configurando nuestra vida con Él! Este fin de la formación no podrá ser sustituido por ningún otro. Es importante que todos los religiosos y comunidades vivan este proceso de configuración con el Cristo pascual, fin último de una vida cristiana plenificada en Él. A veces confundimos el fin de la formación para la vida religiosa con otros fines, según intereses muy personales, y ponemos el acento donde no lo está, perdiendo no solamente la esencialidad de nuestra vida, sino entrando así en un proceso de vacío existencial que solamente puede ser llenado por Aquel que nos ha amado y que nos ha llamado para estar con Él, caminar en pos de Él y realizar su misma misión en el corazón mismo de la humanidad necesitada.

Lo más importante de una vida no es buscar etapas intermedias de realización, sino tener los ojos puestos en aquello que San Ignacio de Loyola llamaba *"el principio y fundamento"*. No tenemos aquí ciudad permanente y todo puede ser importante cuando está referido al fin último, pero si, en el camino, el fin es sustituido por los medios o por fines parciales e inmediatos, habremos perdido la consistencia de toda una vida.

En ningún Instituto, ni siquiera en los de vida apostólica activa, la preparación técnico profesional e incluso religiosa, cerrada en sí misma y con vistas a una autorrealización en términos humanos, justificará nunca una formación para la vida religiosa consagrada.

La configuración con Cristo es la opción fundamental de nuestra vida. Es la túnica de la que nos ha revestido el bautismo y la consagración religiosa. Esta opción fundamental tiene que estar en la raíz de todo lo que somos, de todo lo que hacemos, de todo lo que soñamos, de todo lo que proyectamos. Ella tiene que ser el horizonte último del camino que iniciamos y aquello que dé sentido, valor y calidad a nuestra vida de seguimiento. Lo importante es ser discípulos, dejando que el Espíritu Santo configure todos los días nuestra vida con la de Jesús, muerto y resucitado, para regalar liberación a los seres humanos. Sumergidos en Él sufriremos un proceso de transformación, de liberación interior, que nos conducirá desde la experiencia de nuestra propia libertad en Jesús, a la liberación de todos aquellos que permanecen bajo el yugo del dolor y de la esclavitud. Siempre que Jesús llama y libera, esta liberación es camino de misión y para la misión: *"Ve a tu casa y entre los tuyos y comunícales que el Señor ha tenido piedad de ti"*. (Mc 5,19).

Y, en este proceso, lo importante es seguir el mismo camino de Jesús en el Evangelio, desde Galilea a Jerusalén, sin dejar de lado nada de lo que nos pueda llevar, de verdad, a vivir sus mismas experiencias, a sufrir su misma suerte y a entregar la vida por los demás, con un amor que en nosotros, y por vocación, será redentor y liberador, como fue toda la vida del Maestro a quien seguimos.

3.- Los destinatarios de la formación: La humanidad pobre y desamparada. *"La Iglesia, sacramento universal de salvación, tiene por misión anunciar e instaurar en todos los pueblos el Reino de Dios (...). La misión a la que están consagrados los Institutos es la práctica de la caridad, revelando el rostro de Dios al mundo"*. Es decir, hemos sido llamados, convocados y enviados en el seno de la Iglesia, -por eso la formación tiene que tener un gran sentido eclesial-, a realizar el fin de la Iglesia, que es la evangelización, en medio de los más pobres y humildes.

Por eso, la formación en los Institutos, nunca podrá tener tintes intimistas: *para nosotros, para sentirnos mejor, para adquirir una preparación, para tener más cultura, para gozarnos en la intimidad de los dones compartidos, etc.* La formación nos prepara en el Evangelio y en la espiritualidad propia para ir y hacer

discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Ella llena nuestros cántaros y nuestras vasijas de vida de Dios, que tendremos que derramar en los corazones ulcerados de aquellos “*que sufren la orfandad o beben el cáliz de la tribulación*”. Como todo, en la vida de los Institutos, la formación está también en función de la evangelización y de la instauración del Reinado de Dios.

Por tanto, aquellos religiosos que reciben formación solamente para alimentar el deseo de la cultura o de la intelectualidad, violan el derecho de los pobres o el fin mismo de la Iglesia en cuanto evangelizadora de los más pobres y excluidos. Todos tenemos que tener claro que, incluso, la formación, es una gran riqueza que los pobres no tienen, y que no nos pertenece. Saber compartir lo que somos y lo que tenemos, incluso en el campo formativo, es una experiencia de gracia y de sobreabundante gratuidad.

Es importante, en este contexto, el diálogo de la formación con la cultura moderna, porque la evangelización se realiza en ambientes culturales concretos y va dirigida a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: “*En la realización de nuestra misión, hemos de contemplar al ser humano en su totalidad, a cada persona concreta, real, histórica, querida por Dios, elegida por Él eternamente, llamada y destinada a la gracia y a la gloria, porque cada ser humano ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo para siempre*”, dice la *Redemptor Hominis*. Conocer los desafíos de la cultura, los valores y contravalores de la misma, los derroteros por los que la cultura conduce la vida humana, es esencial en los procesos formativos. Porque se preparan y se forman religiosos para estos tiempos, para ser parábola contracultural en todo aquello que no realice a los seres humanos según los planes de Dios, y para aprovechar todo aquello de bueno y positivo que la cultura nos ofrece en el campo de la misma formación para una más eficiente evangelización. Se forman religiosos para vivir procesos de encarnación que hagan realidad el Evangelio donde el religioso es enviado: “*La misión los Institutos debe ir acompañada de una encarnación, que supone superación de criterios exclusivistas, comprensión y estima de las realidades en que vivimos, asumiendo las condiciones del medio ambiente que sean compatibles con nuestra vida religiosa. Para ello es necesario el conocimiento de la cultura*”. Conocimiento no quiere decir acomodación. El conocimiento supone la crítica, porque todo lo que entra en nuestra mente tiene que ser valorado a la luz del Evangelio y de nuestra opción fundamental.

4.- El Espíritu Santo, el Maestro interior por excelencia. En la vida cristiana, ya nos lo anunció Jesús, el maestro interior que nos enseñará todas las cosas y nos conducirá hacia la verdad completa es el Espíritu Santo (cf. Jn 16, 7-15). Es el maestro interior por excelencia. Un maestro que está en nosotros y permanece siempre realizando esta tarea importante que el mismo Jesús le confió. Él, además, es el que revela y da sentido evangélico a lo que llamamos signos de los tiempos, dándonos a conocer en qué medida y de qué manera tenemos que actualizarnos para dar respuesta a los grandes reclamos de la vida moderna con respecto a la vida religiosa para que esta sea significativa, para que sea fermento en medio del mundo, para que acierte en sus propuestas de la liberación de las nuevas esclavitudes. Todos los programas y proyectos fracasarán si el Espíritu no está.

Para que el Espíritu realice su función se nos pide tener las mismas actitudes de María, la primera discípula, en la que nos miramos para poder encarnar la Palabra en nuestra vida y poderla comunicar como gracia. María se dejó formar por el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 26-38) y (Const. 9)

- permaneciendo abierta a sus inspiraciones
- entrando en diálogo con Él
- dejándose interpelar
- siendo dócil a lo que Él le sugería
- viviendo en la verdad y de la verdad
- permaneciendo pobre, sin autosuficiencia ni soberbia
- sintiéndose y haciéndose esclava
- poniendo por obra lo que el Espíritu le iba pidiendo
- entregando su vida a su Palabra.

Todo un camino formativo en el que el Espíritu Santo irá configurando nuestra vida con Jesucristo Redentor. Sin duda, una de las primeras cosas que el Espíritu hace, es encarnar en la vida del creyente la Palabra, convirtiéndolo en discípulo y en otro Cristo para bien de la humanidad. Solamente la fuerza del Espíritu tiene el poder de transformar sentimientos, motivaciones, opciones, deseos, disposiciones, etc. en las personas, para hacerlas renacer a una nueva vida. La verdadera novedad proviene siempre de Él. No hay transformación personal sin apertura y docilidad al Espíritu.

Las mediaciones humanas son importantes, pero sin la presencia del Espíritu no hay transformación posible en una vida.

5.- El modelo de la formación. El Cristo con el que el religioso está llamado a configurarse, según el himno cristológico de Fil 2, 5 y ss, es el Cristo de la encarnación y de la pascua. Es decir, es el Cristo que realiza constantemente un proceso de descendimiento hasta introducirse en el corazón de la humanidad, siendo uno de tantos, para salvar al género humano; y es el Cristo de la pascua, el que entrega su vida por amor sin que nadie se la pida, (cf. Jn 10,18) pasando por la pasión, la muerte y la resurrección.

Pero también es el Cristo buen samaritano (Lc 10, 29-37), que sirve por amor el Evangelio de la caridad a los pobres, y que se hace solidaridad misericordiosa con los más necesitados del mundo, convirtiendo nuestra vida en samaritana, según lo que se decía en el último congreso de vida religiosa celebrado en Roma.

El icono perfecto que hace referencia a este modelo para la formación tiene que ser antropológico-bíblico, porque hace referencia a Jesús y a su manera particular de ser Dios entre los hombres y de ser hombre Dios, entregado por amor a Dios hasta dar la vida por los demás.

Los documentos de la Iglesia (VC. 65) ponen a nuestra consideración un icono que nos presenta a Jesús como modelo único para la formación, no para que lo imitemos, sino para que lo sigamos en nuestro itinerario. Hoy se ha pasado de la teología de la imitación a la teología del seguimiento, gracias a Dios. Pero veamos detenidamente lo que dice este himno:

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual, siendo Dios, no tuvo a gala ser igual a Dios, sino que se humilló a sí mismo, tomando la forma de siervo llegando a ser como uno de tantos; y apareciendo en forma humana, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.” (Fil 2,5-7 y ss).

a) El modelo es *antropológico bíblico* porque habla de los sentimientos del yo de Jesús, Dios encarnado y verdadero hombre por nuestra salvación. Este himno nos revela una determinada manera de ser verdadero hombre o mujer delante de Dios. Y lo es aquel que, como Jesús, se descentra de sí mismo iniciando un verdadero itinerario de kénosis hasta introducirse en el corazón de la humanidad. Es el Jesús que no tiene a gala nada y se humilla, es decir, se abaja, desciende, se acerca, se introduce, se hace uno de tantos con todo hombre y con todos los hombres para la salvación y redención de todos los seres humanos.

En todo el Nuevo Testamento este es el Jesús que aparece, el Jesús encarnado, uno de tantos con todos, sin títulos, sin poder, sin riquezas, sin otras pretensiones que no sean las de alabar y bendecir al Padre cumpliendo su proyecto. Es el Jesús de la pequeñez, de la pobreza, de la minoridad, de la obediencia hasta la muerte, que camina codo a codo con la tierra. Sin duda, nada tiene que ver todo esto con nuestras soberbias solapadas, con la búsqueda del poder, del tener y del aparentar en la vida religiosa. En nuestro itinerario de progresiva asimilación será, pues, importante:

- ponernos en camino de no tener a gala nada, seamos lo que seamos y pensemos lo que pensemos de nosotros mismos
- ponernos en camino de salir constantemente de nosotros mismos, descentralizarnos de un yo que siempre busca subir, tener, acaparar, aparentar, relucir
- vivir la humildad como opción de vida cristiana, es decir, como tierra virgen en la que se puede encarnar y en la que puede germinar la vida
- tomar la forma de siervos, es decir, de servidores del Evangelio y de la buena noticia, pues para eso se hizo siervo Jesús, para servir a todos
- no querer otra cosa que ser una de tantas, en la vida, en comunidad, en la Iglesia, en el corazón del mundo, de la cultura, de los influyentes y de los no influyentes, de los pobres; caminar codo a codo con la tierra y con los excluidos
- vivir la experiencia de la minoridad, de lo pequeño, de lo débil, de lo que no cuenta
- hacer de la obediencia un camino de fe y de entrega por amor a los otros, hasta la muerte
- entregar la vida por amor a otros, para que todos lleguen a gozar de la maravillosa libertad de ser hijos de Dios.

Estos son los sentimientos del himno que recrean en quien los vive el estilo de hombre que fue Jesús y que pide para todos los que le seguimos.

Esto supone un proceso de kénosis, es decir, de muerte a todo aquello que nada tiene que ver con el modelo y con la progresiva asimilación de sus sentimientos. Sin duda, como Jesús, también tendremos que morir para que en nosotros se cumpla la voluntad del Padre, como se cumplió en Él, y para recrear la vida, pero, ¡merece la pena!

Sobre todo, el religioso tendrá que ser formado en los sentimientos y actitudes de Jesús que aparecen en la definición del carisma y de la propia espiritualidad. Cada Instituto tiene su carisma y espiritualidad que revelan una forma particular de vivir la vida cristiana siguiendo al modelo, que es Cristo.

b) El modelo es también *antropológico bíblico porque habla de la relación de Jesús en el seno de la Santísima Trinidad y de Jesús con la humanidad*. La esencia de Dios es la comunión, comunión que quiere restablecer con los seres humanos, y por ello envía a su Hijo: *para restaurar y sanar los corazones en la maravillosa experiencia de la filiación*. Jesús, al hacerse uno de tantos con la humanidad y al introducirse en el corazón mismo de la humanidad y de cada ser humano, revalida para la vida cristiana el sentido de la relación y de la comunión que Dios vive al interno de la Santísima Trinidad. Por tanto, ya no sirve la pretendida perfección individualista que tantas veces buscamos o ese tipo de formación que veía en la relación el peligro de una entrega total y exclusiva a Jesucristo. Como si la relación fuera precisamente lo que podía apartar al consagrado de un verdadero camino de vida evangélica. Hoy, casi todas las Constituciones están escritas en términos relacionales, ya que Dios es relación y misterio de comunión por excelencia. Es decir, en términos de fraternidad-sororidad. Pues hablan de relación

- con Dios,
- con nosotros mismos
- con la humanidad, especialmente con los pobres
- con la Iglesia
- con el cosmos.

Por tanto, es muy importante en las congregaciones religiosas formar para la relación y desde la relación misma. Para la relación significativa, es decir, para ese tipo de relación abierta que recrea constantemente la comunión y que construye el hogar de la comunión de los seres humanos con el autor de la vida.

De tal manera es importante este elemento que se pueden tener muchos valores, pero si la persona no está dispuesta o tiene serios inconvenientes para vivir en relación, se podría decir que no tiene vocación para este estilo de vida. Relación que tenemos que vivir con todos, sin excluir y sin hacer acepción de personas, porque Jesús no lo hizo.

Jesús y María revelan que Dios es trinidad de personas y la relación recíproca de amor que existe entre ellas, así como que, con respecto a la humanidad y al cosmos, Dios se define también en términos relacionales. Porque por el pecado el hombre había perdido la relación originaria de amor que siempre había tenido, Dios envía a su Hijo para restablecer el maravilloso vínculo de la religación con Él. Llegando a la tierra, Jesús establece la relación significativa por excelencia, esa relación pascual por la que entrega la vida: *la relación filial que lleva implícita la relación fraterna*. María, la mujer que se abrió totalmente al Padre y a la acción del Espíritu, es presentada en la Sagrada Escritura como la criatura que mantiene sin mancha la relación original que la une a su creador y, cuando el Verbo se encarna en su seno, se hace peregrina de la relación humana para revelar a otras personas la merced que Dios les ha hecho, el don del que es depositaria, la gracia recibida (Lc 1, 39-56). La encarnación del Verbo en María supone una nueva etapa de las relaciones de Dios con la humanidad, relaciones que definirán la experiencia de fe y que la fundamentarán como adhesión incondicional al tú de quien hemos recibido la vida y la salvación.

Por tanto, la relación desde estos dos modelos en quienes nos miramos, es importantísima en el camino formativo, porque estamos llamadas a acompañar a los seres humanos en el camino de la sintonía de amor relacional con Dios, que no solamente restaura a la persona humana, sino a la humanidad entera.

Esto implica:

- considerar a cada hermano como mediación inigualable de la comunión que Dios realiza en nuestra vida, más a las que son menos amables o menos amados;
- capacidad para vivir en vinculación;
- búsqueda constante de la comunión, como lugar inequívoco del seguimiento;
- purificación constante de la concordia de ideales y de corazones;
- búsqueda conjunta de lo que Dios quiere para nosotros;
- adhesión incondicional al Jesús que constantemente recrea el amor fraterno;
- adhesión al proyecto histórico común;
- estrenar todos los días identidad y la libertad de pertenecer.

Como diré un poco más adelante, la comunidad, por tanto, el grupo de hermanos, es el lugar inequívoco de la verdadera formación, porque es con ellos con quienes todos los días estrenamos el milagro de la relación misteriosa con Dios y con todo lo que existe. Los indicadores de conducta para una sana relación son indispensables al discernimiento para nuestro estilo de vida.

En el modelo formativo será importante tener en cuenta todos los rasgos del modelo de formación, hoy, para la vida religiosa. Me limito a nombrarlos con el deseo de que se pongan en marcha en todos los procesos formativos, tanto de la formación permanente como de la formación inicial. La formación en los Institutos debe ser:

- multidimensional
- sistemática
- procesual
- compleja
- personalizada
- comunitaria, (Dirt. 134).

6.- Leyes evangélicas en un proceso formativo: centralidad, exclusividad y totalidad. La formación para la vida religiosa es muy exigente si miramos las leyes que la vertebran y que son constitutivas de la misma opción de vida. Nos habla de centralidad, exclusividad y totalidad. Así como de gratuidad en el servicio y de nuevas formas de relación con las personas, con la sociedad y con el cosmos. Leyes muy importantes en el camino formativo, que tienen que ver

- con la persona de Jesús, como referente último, exclusivo y totalizador de todo el proceso
- y con la adhesión, también total y exclusiva, a la misión que la Iglesia nos ha confiado.

a) *Con respecto a la persona de Jesús.* En términos de amor, Jesús reclama la centralidad, la totalidad y la exclusividad de nuestro corazón, de nuestra vida, de nuestro itinerario, de nuestras motivaciones, de nuestros deseos, de nuestras ilusiones, de nuestras opciones de vida. El discipulado en la vida cristiana tiene esta misma exigencia. “*Nuestra consagración la expresamos entregándonos total y exclusivamente a Jesucristo para colaborar con Él en la obra de la redención y comprometiéndonos desde Él a ser buena noticia para todos*”.

Todo se nos dará después con el Señor, pero nadie ni nada puede ocupar la centralidad de nuestro corazón ni de nuestra vida. Nada ni nadie puede desplazar a Jesucristo del centro de nuestro ser y de nuestra misión. El amor amado reclama ser el centro, ser exclusivo y toda la vida a lo largo y ancho del tiempo, así como todas las opciones personales de una vida.

b) *Con respecto a la misión.* La misión de la Iglesia y, por tanto de las Congregaciones religiosas, es hacer acontecer el Reino de Dios y su justicia a través del ejercicio de la caridad. Jesús personaliza el Reino, de tal manera que, decir Jesús, es decir Reino, y decir Reino, es decir Jesús. En términos de misión, el Reino reclama también la centralidad de nuestra entrega amorosa y amante, la exclusividad y la totalidad de nuestra vida y de nuestra persona. A ejemplo de Jesús se nos pide toda nuestra persona, toda nuestra vida, todo nuestro tiempo y todas nuestras opciones. Estas leyes son muy importantes en nuestro camino de vida espiritual y en nuestro itinerario formativo. Requieren toda una pedagogía de formación:

- de la afectividad
- de la libertad que se entrega por amor
- de la pasión que supone la entrega en términos de perder para ganar, de tal manera que “*servamos a los pobres como signo profético de evangelización*”

Todos los religiosos tienen que saber desde siempre que, en base a ellas, se les puede pedir la misma vida. Supone todo un camino de fe y una responsabilidad grande en términos vocacionales; tener claro el camino pero, sobre todo, la meta. El joven lo tiene que saber desde el principio para que toda su vida se haga disponible a la entrega hasta la muerte y una muerte de cruz, como Jesús, como María como los grandes creyentes. Todo puede ser compatible cuando no vulnera ni los principios ni los fines.

7.- El método pedagógico didáctico: La integración. La vida religiosa ha pasado por distintos períodos formativos definidos por distintos modelos y métodos: *observancia, perfección, autorrealización, autoaceptación, etc.* Todos ellos han tratado de centralizar la vida en lo esencial, más unos que otros. Solamente que, en algunos, lo esencial, se ha desfigurado, unas veces, por no tener claro el itinerario o el camino, y otras, por no tener claro el objetivo. Explico brevemente estos métodos:

- *El de observancia*, que cifraba la realización de una vida en prácticas externas. Se creía que por una obediencia ciega y radical a las leyes externas, se llegaría a la santidad. El objetivo final no era la configuración con Cristo, sino la propia perfección. Tenemos que decir que, por este camino indirecto, muchos religiosos alcanzaron las cimas de la santidad.

- *El de perfección*, que ponía el acento en la perfección y santidad individual y en el voluntarismo de poder alcanzarla con las propias fuerzas. Por tanto, hacía depender la santidad de lo que una pudiera lograr, y no tanto de la gracia. También indirectamente condujo a muchas personas a la santidad.

- *El de autorrealización*, que a mi modo de ver y los expertos en vida religiosa opinan lo mismo, ha sido el más nefasto modelo y método de formación que la vida religiosa ha seguido, porque puso el acento en el yo y en su realización, en las dotes y cualidades personales y en el éxito social, y no en la configuración con Cristo, de tal manera que, las personas en la formación para la vida religiosa, lo que perseguían era carreras con las que conseguir relevancia social y éxito social. Es verdad que este método recuperó para la vida religiosa la importancia de la persona, pero la desvistió de sentido teológico y de parresía.

- *El de autoaceptación*, que también puso el acento de la formación en el yo y en su aceptación, proclamando la importancia del amor y del perdón a uno mismo, porque, también Dios, nos perdona y nos ama, metiendo a las personas en la autocomplacencia del yo y en el relativismo moral y ético. Todo era bueno con tal de quererse mucho a uno mismo, de aceptarse y de perdonarse. En este modelo-método tampoco la configuración con los sentimientos de Cristo aparece por ninguna parte.

Ahora, la vida religiosa, ha descubierto que el método formativo que más y mejor respondería a la formación para este estilo de vida, teniendo en cuenta el icono de *Jesús en su misteriosa kénosis*, sería el llamado método de integración. Todo tiene sentido recuperando la centralidad de Jesucristo en su misterio pascual. Este método viene a decir algo así como que: “*Nos realizamos en la medida en que asumimos, vivimos y actualizamos el misterio de Jesucristo Redentor, fuerza transformadora del mundo y del ser humano. Somos conscientes de que el sufrimiento y el dolor, así como el sentido de la muerte, tienen valor humanizante y redentor cuando los integramos en nuestra vida*”. Todo adquiere consistencia y puede producir cambio cuando se articula toda la vida y las opciones en torno a la cruz salvadora del Hijo, como respuesta a todos los interrogantes, a todos los problemas, a todas las crisis, a todas las esperanzas, a todos los gozos, a todas las búsquedas y a todas las realizaciones de los seres humanos según el proyecto de Dios.

La cruz desvela:

- la verdad de Dios y el verdadero amor de Dios
- la verdad del hombre
- la verdad del amor
- la verdad del pecado
- la verdad del perdón
- la verdad de la misericordia
- la verdad de la salvación y de la liberación.

La cruz es testimonio de que el verdadero amor está crucificado. Es decir, no es el amor de palabras que no comprometen, sino el amor de hechos que es capaz de morir para dar vida a otros el que verdaderamente realiza una existencia creyente, más una vida religiosa. Además, en este patíbulo absurdo, el más abyecto de su tiempo, encuentra respuesta toda la absurdidad de los seres humanos y todos los problemas que permanecen sin respuesta, sobre todo, aquellos que tienen que ver con el mal en el mundo y la desesperación de los justos.

El método de la integración conduce a la persona a dar sentido a toda la vida desde este centro vivo, donde el enamorado de los seres humanos permanece colgado hasta que todos seamos liberados por la fuerza del amor que se entrega. Ese centro vivo en el que no solamente pende la muerte, sino el estigma de la resurrección y de la gloria.

Cuando acertamos a articular toda una vida en torno al Crucificado, la existencia se transforma, porque el amor no puede resistirse al amor, la sobreabundancia de vida nos arranca de la muerte, nuestras cadenas caen ante la fuerza de un pecho herido, de un lamento enamorado. Todos los santos lograron transformar la propia vida bebiendo vida en la cruz de Jesús. Porque la cruz nos revela al verdadero ser humano y la verdadera vocación del creyente.

Por eso, la verdadera formación no arranca de nosotros y termina en nosotros, arranca de la cruz de Jesús y termina en nuestra liberación, por tanto, tampoco tiene su fin en nosotros, sino que ella nos sitúa en el corazón del mundo como primicia de resurrección. Nos convertimos en personas resucitadas al servicio de la liberación. Toda formación que inicia en nosotros y termina en nosotros, nos destruye. La formación nos hace entrar en ese proceso de kénosis del Hijo, por tanto nos descentra, para terminar en la explosión de la vida resucitada, que no es privativa de nadie y que termina en la renovación cósmica de todas las cosas. La verdadera formación es siempre cósmica. Por eso, quien habla de *mi proyecto, de mi grupo, de mi camino, de mi... se equivoca* inexorablemente. Es cierto que se impone la personalización porque *la respuesta*

vocacional es personal e intransferible, pero si la respuesta nos encierra en nuestras propias vivencias sin posibilidad de apertura como liberación, nos habremos confundido en el camino de la vida.

En este proceso lo más importante, no es coger la vida en nuestras propias manos, como hemos dicho tantas veces, es dejarnos *conducir* por el amor estigmatizado. Todos los amigos de Dios son personas conducidas, por eso, es importante saberse recibido y conducido hasta ese centro vivo que dará sentido a nuestra vida y a todas las cosas presentes, pasadas y futuras.

8.- El contexto cualificado de la formación: la comunidad local. Si la formación acompaña procesos de vida, de fe, de vocación y de misión, el lugar de la misma no puede ser otro que la comunidad local, porque no podemos dejar estos procesos para momentos puntuales de la vida. Sería una grave equivocación. Por eso, todos los Institutos religiosos tienen que recuperar la comunidad local como espacio cualificado para vivir el don de la vocación y como ámbito insustituible de formación; o se viven en ella procesos formativos, o lo que realizamos en otros ámbitos, no es formación permanente propiamente dicha. Podrán ser acciones que completan lo que se tiene que realizar en comunidad, pero nunca pueden sustituir el ámbito comunitario como medio cualificado de formación: *“Todos los religiosos tenemos nuestra parte de responsabilidad en la formación, cada uno según sus propias funciones. En una comunidad donde se vive la caridad y la comunión, las jóvenes aprenden por experiencia el valor de la vida fraterna como ámbito de crecimiento y de fidelidad en la vocación.. Toda comunidad es en sí misma formadora”*.

Cada comunidad tiene la exigencia de colaborar activamente en conseguir una calidad de vida humano-evangélica para sus miembros, pues: *“las comunidades cristianas tienen una responsabilidad primordial, forman y se forman a partir de la vida, en contacto con la realidad, en la oración, la lectura espiritual, el diálogo y la revisión de vida, que supone el discernimiento espiritual”*. Todos los valores de la vida comunitaria en su triple dimensión, y todas las experiencias aportadas por todos los religiosos y por la misma realidad, son elementos formativos por excelencia. Ya decían los grandes pedagogos americanos que la mejor universidad es la vida ordinaria, allí donde cada día nos jugamos todo a una sola carta en nuestro desarrollo y crecimiento personal. Las vivencias y experiencias de la vida nos ofrecen un material formativo de primera línea que tenemos que saber aprovechar.

Para ello, es importante cuidar la comunidad en su triple dimensión: *vida, oración y misión* para que todos los momentos, desde el amanecer hasta finalizar la jornada, sean momentos formativos por excelencia. En comunidad *“la caridad es como una activa esperanza de lo que las demás pueden llegar a ser gracias a nuestra ayuda fraterna”*. Desde aquí se percibe claro el valor de la comunidad y de la caridad que nos convoca, nos une y nos sitúa en el corazón del mundo como personas transfiguradas, enamoradas de Jesús y eficaces constructores de su Reino.

Recrear constantemente comunidades abiertas al

- misterio de Dios y del hombre
- a la oración, que el Espíritu realiza en nuestros corazones
- al discernimiento para buscar y encontrar la voluntad de Dios en nuestra vida
- a la vida eucarística con toda su riqueza de presencia, derroche de amor, donación crucificada, reconciliación y perdón, envío y misión
- a la corrección fraterna y a la confrontación porque en ellas se nos puede revelar lo que Dios quiere de cada uno
- a la manifestación de la fe como relación de amor, de abandono en los brazos de un Padre y de confianza en los hijos del Padre
- al diálogo creativo; a la acogida, la escucha, la relación
- a la entrega generosa por el Reino en los más pequeños
- a la sencillez de vida y a la universalidad
- a la pasión por la humanidad, pues la caridad de Cristo nos urge
- a buscar respuestas comprometidas con el dolor de los crucificados de la tierra
- a la libertad de pertenecer desde una identidad a toda prueba

nos aportará una riqueza formativa que difícilmente podremos encontrar en los libros y difícilmente, también, viviremos en momentos esporádicos.

El acompañamiento espiritual, que etimológicamente se define como *comer el mismo pan juntos*, no es auténtico si no es, también, en ámbitos comunitarios. Porque son nuestras hermanas quienes nos conocen de verdad y conocen la interacción de nuestra vida en la realidad. Los acompañantes desde fuera nos pueden ayudar, pero no pueden sustituir al acompañamiento comunitario. Los acompañantes desde fuera tienen una

visión parcial de la realidad, la que cada uno comunica a su acompañante, pero no tienen la visión total y global de lo que acontece. El acompañamiento supone la observación directa de la realidad.

En este sentido, es muy importante que las comunidades programen una cualificada formación destinando tiempos suficientes en el cronograma comunitario, no soslayándolos por muchas que puedan ser las tareas porque, a veces, las tareas, no son más que los escapismos que nos buscamos por miedo a enfrentarnos con nuestros vacíos y con nuestra falta de vida y de respuesta: “*Cada una de las comunidades locales, con la aprobación de los legítimos superiores y atendiendo a la triple dimensión de vida, oración y apostolado, elaborará el proyecto comunitario y programará su propia vida de modo que estén armonizados: oración, lectura, trabajo, silencio, autoformación, recreación y tiempo libre*”.

También será importante, en este sentido cuidar las bibliotecas y amar todos los documentos que nos aporta la propia espiritualidad, aunque sean pobres y humildes

Los entes superiores, como comunidad de comunidades tiene que comprometerse a acompañar la formación de las comunidades en cuanto les sea posible, sobre todo, desde la elaboración de proyectos comunitarios comprometidos, y de programar acciones formativas que completen las realizadas en el seno de las propias comunidades.

Vivir el tiempo como acontecimiento, como ruha, como posibilidad para todo, es esencial. El aprovechamiento del tiempo en una autoformación continuada hará de los religiosos, siempre abiertos a un presente y a un futuro que se percibe más como esperanza que como peso del que hay que huir para que pase rápido.

9.- Las fuentes de la formación: La Sagrada Escritura y la propia espiritualidad en sus variados documentos y la realidad. La formación tiene sus fuentes en la Sagrada Escritura y en los documentos congregacionales, pudiendo beber en otras fuentes, pero sin soslayar éstas.

a) *La Sagrada Escritura*, porque allí está todo un camino de vida creyente, de vida cristiana, de respuesta a la vocación, de encarnación en la misión, de entrega hasta dar la vida. El Dios al que seguimos, el Cristo a quien nos hemos consagrado, el Espíritu Santo que es nuestro Maestro y María, en quien nos miramos como discípulos, se asoman a las páginas de la Escritura para alimentar nuestros procesos de fe y de vocación. Por tanto, insustituible en nuestra formación será la Palabra de Dios, que siempre leeremos, reflexionaremos y oraremos bajo la acción del Espíritu. Esta nos ofrece cantidad de caminos formativos, uno por cada uno de los amigos de Dios que ella contiene.

b) *Los documentos de la propia espiritualidad*, que contienen la propia espiritualidad: “*Una adecuada formación nos ayuda a integrar la espiritualidad propia y el carisma, confirmando a los hermanos, desde el principio, un sentido de identidad y de pertenencia a la propia Congregación.*”

Muy importante para la propia formación, es vivir un proceso de fe alimentado en las fuentes de la propia espiritualidad, pues: “*la espiritualidad de las Congregaciones brota del carisma y especialmente de los elementos constitutivos. Estos elementos tienen que ser profundizados, interiorizados, desarrollados, vividos y compartidos por cada religioso en la comunidad y en la misión como camino de formación.* Si hemos recibido una determinada vocación, la tenemos que desarrollar, hacerla crecer, alimentar, consolidar y llevarla a plenitud, en lo que de nosotros dependa, bebiendo en las fuentes de la misma.

c) *La literatura religiosa* que, en estos últimos tiempos, está siendo muy rica y está recuperando para este género de vida la dimensión teológica que últimamente había perdido. Tenemos que saber buscar los medios que más y mejor nos conduzcan a vivir cada día con mayor sentido nuestra vocación en la Iglesia y para hacer bien a la humanidad.

d) *La misma realidad*, como ya he apuntado antes, se convierte en la vida de los religiosos en escuela formativa de primera línea, siempre que se sepa discernir lo que más y mejor conviene para la realización de la propia vocación y de la propia vida.

10.- Estrategias formativas. Son muchas las estrategias formativas que podemos poner en marcha:

- *Procesos de fe y de vocación.* La principal tarea de los responsables de Provincias y de comunidades, es acompañar la vida, vocación y misión de sus hermanos. Hacer proceso y compartirlo es uno de los grandes desafíos de nuestra vida religiosa. La fe no es tal hasta que no llega a ser compartida y a crear el cuerpo de la comunidad creyente. Una fe que valiera sólo para cada uno, no sería auténtica, porque nacemos en comunidades de fe, al lado de otros creyentes que nos la transmiten y, junto a ellos, estamos llamados a vivirla y transmitirla. ¡Cómo cambiaría el rostro de la vida religiosa si hicieramos verdaderos procesos de fe y los compartiéramos en comunidad! El testimonio de la belleza de la vocación cristiana arrancararía, por contagio, otras vocaciones. Nos puede ayudar en esto los proyectos comunitarios y los

proyectos personales, con una salvedad, los proyectos comunitarios nunca pueden ser la suma de los proyectos personales realizados al margen de la confrontación comunitaria, porque desvirtuarían nuestras comunidades creyentes.

- *La oración como expresión de una comunidad creyente.* La oración es personal, es la relación amorosa y amante de un creyente con su Dios. Pero, hay que decir que también la oración alcanza su plenitud realizada en comunidad, compartida en comunidades creyentes. El Reino llama a pueblo, a iglesia, a asamblea, a comunión de los santos. En ese contexto es donde la oración alcanza su plenitud y su sentido. Por tanto, es importante que, nuestra oración, pase de los ámbitos meramente privados a ámbitos de compartir solidariamente el don de la fe y de la vocación, (cf. Mt 18, 19-20).

- *El discernimiento espiritual.* Para llegar a conocer lo que Dios quiere de nosotros en nuestro momento histórico, para saber qué es lo que el Espíritu nos pide, por dónde tenemos que caminar, qué acciones tenemos que acometer, cuál es la finalidad de lo que somos, vivimos y realizamos, pues es conveniente realizar el discernimiento como acto y como virtud. La vida cristiana se desarrolla más profundamente en contextos donde constantemente se busca y se discierne la voluntad de Dios, (cf. Hch 15, 1-19).

- *El acompañamiento, que nos ayude a crecer.* Realizado con amor, sí, pero no para quedarnos en la santificación de los afectos del corazón, que no conducen a ningún sitio. El verdadero acompañamiento enfrenta a la persona con su propia realidad, vivencia y experiencia y le hace llegar a comprender si su vida camina según el deseo de Dios o no, (cf. Mt 20, 20-28). Siempre tiene que ser asimétrico.

- *La confrontación en comunidad,* con un grandísimo respeto y una grandísima caridad, pero con realismo. Jesús, el enviado del Padre a quien seguimos, confronta constantemente la vida de las personas cuando el proyecto de Dios no se cumple en ellas. Y nos tendría que preocupar de verdad si este proyecto no se cumple en nosotros o en nuestros hermanos, porque si no se cumple, estamos echando a perder una vida, (cf. Jn 4, 4-26).

- *La corrección fraterna.* Para dejarnos interpelar, retar, por el Evangelio y la espiritualidad cotidianamente, porque esto ayuda mucho a crecer en el don recibido. Lejos de sentir la corrección como amenaza de nuestra imagen -que sí que lo es y está bien que lo sea para que no vivamos de imagen sino de realidad creyente, aunque sea limitada y pecadora-, tendríamos que sentirnos agradecido cuando alguien nos pone en camino de Evangelio y de carisma, porque en definitiva, lo que está haciendo es ponernos en camino de vocación, (cf. Mt 18, 15-18).

- *La revisión de vida,* un instrumento efficacísimo de la vida espiritual que soslayamos y que, desde luego, nos está haciendo perder las mejores oportunidades de restituir nuestra propia existencia en el amor, en la comunión y en la formación de esos sentimientos de Jesús que se ponen en evidencia cuando todas, con sentido evangélico, revisamos nuestra vida y vocación, (cf. Hch 9, 1-19).

- *Las lecturas de acuerdo a los objetivos de etapa,* que alimenten nuestra oración, nuestra vida y la misión que realizamos como comunidad orante y pascual.

- *El diálogo y comunicación para enriquecer las relaciones y dar calidad a las mismas,* (Const. 41). Podremos pensar que estamos siempre diciendo lo mismo, y que nunca realizamos estas acciones formativas. Depende de nosotros. Los propios Institutos nos ponen siempre en camino de realización de estas acciones formativas, pero a veces el excesivo respeto a cada uno las ahoga. Hay *respetos* que han dado al traste con nuestras mejores oportunidades y posibilidades. Se puede llegar a decir que no se puede obligar a nadie, y es verdad. Pero también es verdad que todos, libremente, y sin que nadie nos obligara, hemos profesado en este estilo de vida en el que, la comunidad creyente, tiene un papel primordial. Incluso en las Ordenes de vida contemplativa, la comunidad es una dimensión especial para crecer en la fe y en la vocación. También será importante que, como estrategias complementarias, sigamos programando cursos, cursillos, encuentros a todos los niveles, porque esto también nos ayuda. Lo importante es no hacer desplazamientos de lo esencial, que se vive en contextos comunitarios, a lo complementario, que se vive en contextos más amplios y que son, eso, complementarios.

11.- Peligros de la formación para la vida religiosa. Muchos son los peligros de una formación que, en sí misma, es tan exigente. Pero señalaré solamente algunos que se dan en los ambientes en los que nos movemos:

- *El intelectualismo.* Cuando el objetivo y el fin de la formación para la vida religiosa no se tienen claros, lo que se trata de hacer es engordar el propio yo, o la mente, con muchos conceptos, creyendo que por saber mucho, nuestra fe será mayor y mejor preparados estaremos para afrontar los desafíos de la vida religiosa en el mundo y en la Iglesia de hoy. Si el objetivo de la formación para la vida religiosa es llegar a

tener los mismos sentimientos de Cristo con respecto al Padre y a la humanidad, y el fin de la misma es la configuración con Él, si lo que buscamos con la formación es engordar el yo con saberes, nos estamos confundiendo de medio a medio. Por tanto, no solamente hay que actualizar las estrategias en lo que se pueda, que habrá que hacerlo, lo importante es cambiar la dirección, (cf. Mc 12, 38-40).

- *La acomodación de la vida a los criterios de la cultura reinante.* Es importante el conocimiento de la cultura, pero la acomodación a ella en base a que tenemos que modernizar nuestra vida, es acabar con nuestro estilo de vida, porque hay cosas de la cultura que desde el Evangelio no se pueden aceptar. El conocimiento cultural tiene que ser crítico con respecto a la adaptación, porque de lo contrario, terminamos en el hoyo del secularismo más absoluto e, incluso, hasta en la pérdida de la fe y de los auténticos valores. (cf. Rm 12,1-2).

- *La falta de discernimiento.* La falta de discernimiento nos conduce a andar por la vida sin rumbo. Es importante reconducir siempre los caminos para una mejor y más plena respuesta al Evangelio y al carisma, y ello reclama el discernimiento constante. En el campo de la formación es muy importante discernir los problemas que nos apartan de los verdaderos objetivos y fines de una vida de seguimiento por el Reino, no solamente en los hermanos más jóvenes, sino en todas las hermanas, porque a veces, la inmersión en un mundo tan desafiante, nos conduce a perder los verdaderos horizontes de nuestra existencia creyente y de entrega a los más necesitados, (cf. Mc 12, 13-17).

- *Los escapismos de la propia realidad.* Porque los compromisos retan serianamente nuestra vida. Cuando no aceptamos los retos y los desafíos, lo mejor es escaparnos a alguna parte: *a nuestras casas, con nuestros amigos, con el grupo que conectamos, incluso, a la misión.* Los escapismos suponen un estado de vida en la soberbia y en el vacío, porque lo que tenemos no nos basta ni nos satisface. Dios se encarna cotidianamente en la realidad y en mediaciones pobres y humildísimas, pero nosotros, hemos dado la vuelta al Evangelio. Yo no tengo nada que compartir con estos hermanos, decimos, porque son tan pobres... yo tengo, nosotros tenemos nuestro proyecto... Son expresiones que a veces se oyen, en vez de aquello de: *“Jesús, siendo igual a Dios, no tuvo a gala retener este título, sino que inició un proceso de humillación hasta hacerse uno de tantos, y haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz, (cf. Fil 2,5-7).* Estas expresiones son un pecado contra el Evangelio, porque Dios acepta siempre la humildad de los humildes y camina con ellos. Y a nosotros se nos pide, con el profeta y como signo creíble de la vida religiosa actual, *caminar humildemente con nuestro Dios (cf. Sof 2,3), como hizo Jesús. (Fil 2, 5 ss).*

12.- Los frutos de la formación. Cuando una formación tiene calidad en un Instituto, toda la vida se transforma y se percibe en frutos concretos, tanto al interno de la vida comunitaria, como en la misión. Sobre todo se perciben personas enamoradas de Jesús y de su proyecto de vida, preocupadas porque el Reino acontezca y por los pobres de la humanidad. Se perciben personas que tienen un centro vivo en torno al cual viven y proyectan, y unos indicadores de conducta en las comunidades que revelan que son comunidades cristianas, en misión y para la misión, siendo teofanía de los sentimientos de Jesús con respecto al Padre y con respecto a la humanidad. Sin duda la formación:

- mejora las relaciones, teniendo una mayor calidad y siendo cada vez más significativos el diálogo, la comunicación, etc.
- mejora la vida espiritual, la vida de oración es más intensa y fructuosa, las personas más virtuosas e integradas
- mejora la búsqueda conjunta de la voluntad de Dios en la realidad
- la vida de fe es más auténtica
- mejora la misión a todos los niveles
- el Instituto vive la misión con mayor dinamicidad y tiene mayor capacidad para entrar en diálogo con los signos de los tiempos, dando un testimonio profético de los valores proclamados en las bienaventuranzas.

En realidad se podría decir que, uno de los frutos principales es que mejora la calidad de vida evangélica, haciendo más atractivo el discipulado y más significativo el testimonio. La misión se vive con mayor entrega, centralizando la vida en el Reinado de Dios y su justicia, dando a todas las acciones una mayor dinamicidad misionera. El coraje, la valentía y el arrojo por la evangelización pasan a estar en primera línea en los intereses de las personas y no importa dar la vida con tal de que el Reino acontezca.

Una de las prioridades de la reestructuración de comunidades tendría que ser precisamente lograr que las mismas pudieran posibilitar a los religiosos procesos formativos que transformen la vida según el deseo de Jesús: *“Tenéis que nacer de nuevo”, (Jn 3, 1-8).*

Y si por los frutos conocerán todos que sois mis discípulos –como decía Jesús–, los frutos no se tendrían que dar por supuestos, por lo que la formación tiene que estar en constante evaluación para ver si se cumple o no

el objetivo y el fin de la misma. Tendríamos que ser valientes para cortar por lo sano cuando otros objetivos y fines sustituyen a los verdaderos, porque en ello nos jugamos mucho, nada menos que la calidad de una vida. No nos vaya a pasar como a la higuera del Evangelio, que, cuando Jesús se acercó para apreciar sus frutos, vio que estaba seca (Mc 11, 12-14).

La vida está hecha de opciones que contribuyen a que la opción fundamental se realice. Seremos tanto más libres cuanto más sepamos usar la libertad en base a la realización de la opción fundamental. Optar por la formación es una de las grandes opciones de cara a la realización de la opción fundamental, y esto, que es responsabilidad de las instituciones, lo es, sobre todo, de cada religioso, porque la respuesta vocacional es en comunidad, pero personal e intransferible. Lo que no hagamos por nosotros, nadie lo podrá hacer. Nos podría decir Jesús lo que le dice a Pedro en el último capítulo de San Juan: ¿A ti que te importa? Tú ¡sígueme! (Jn 21,22).

Conclusión. Terminaría recitando el salmo 1, como deseo para todas los religiosos:

*Beato el hombre se se complace en la ley del Señor,
que medita su ley día y noche.
Será como un árbol plantado
a lo largo de los cursos de agua,
que da fruto a su tiempo
y sus hojas no caen jamás
todo lo que se propone tiene buen fin.*

Es importante que esta bienaventuranza se cumpla en cada uno porque empeñamos nuestra vida por lo único necesario y porque, guiados por el Espíritu Santo, plantamos nuestro pequeño árbol a lo largo de las corrientes de agua.

“Tendremos calidad de vida humana, religiosa y apostólica en la medida en que la formación actualice en el tiempo los contenidos evangélicos y carismáticos que nos conduzcan a ser personas cada vez más comprometidas en el seguimiento de Jesús, en la causa del Reino y en favor de los que más sufren”. Porque este tipo de formación transforma la vida en Evangelio y en frutos de redención, y no en la medida en que busquemos novedades por snobismo o una pura intelectualidad que nos deja encerrados en nuestra propia realización, sin perspectivas de Reino.

Se acaba de celebrar en Roma un simposio a los 40 años de que el Documento Perpetuae Caritatis del Concilio Vaticano II sobre la vida religiosa viera la luz. Hoy, como entonces, la inspiración del Espíritu sigue siendo la misma: *“Los religiosos, fieles a su profesión, dejándolo todo por Cristo (cf. Mc 10,28) deben seguirle a El (cf. 19,21), oyendo sus palabras (cf. Lc 10,39) y dedicándose con solicitud a los intereses de Cristo (cf. 1 Cor 7,32). Por eso, los miembros de cualquier Instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios de mente y corazón, con el amor apostólico, por el que se esfuerzan en asociarse a la obra de la redención y a la dilatación del Reino de Dios, (PC. n.5). Que la formación en las Congregaciones siga estos mismos objetivos.*

